En la plaza

Jorge Vega
Universidad de Colima

♦♦♦

En un restaurante de la plaza, bajo las sombrillas, Ernesto mata el tiempo antes de la cena. Quedó de verse con sus amigos de la facultad y sólo han llegado tres. Platican de sus años en el salón, de los días vivos en que organizaban fiestas cada fin de semana.

Éramos unos locos, recuerda Elena Bustamante, quien hace meses fue nombrada directora de comunicación social por el gobernador, primo lejano suyo.

Ernesto mira cómo han cambiado sus amigos y fuma un cigarrillo largo. Vive en la Ciudad de México, donde trabaja para el periódico Reforma. Es el único que todavía se conserva delgado, joven. Armando, que habla de sus dos hijos, se ha puesto gordo como tamal. Un tiempo fueron muy unidos. Se emborrachaban los fines de semana.

—¿Te acuerdas de aquella vez que empezamos a pistear en la feria y que terminamos en Nogueras, en un río que hay cerca del pueblo? Ahora ya no tomo. Mis hijos, sabes.

El de la música en vivo, que trabaja para el Hotel Ceballos, en la plaza, dedica "la siguiente canción para Neto y sus amigos". Los amigos de Ernesto miran hacia la tarima improvisada donde Gerzaín, compañero suyo de la facultad, interpreta canciones de la trova cubana. Ernesto levanta la mano derecha, con el cigarro encendido y una copa, y saluda al cantante con una leve inclinación de cabeza.

—Creo que Gerzaín se casó, tuvo una hija y luego se divorció. La mujer le salió medio piruja, dice Jaime Escobar poniéndolo al día. Tiene como tres trabajos.

Caen algunas gotas. Un sereno apenas. Ernesto recuerda la tarde de hace más de veinte años, justo frente al restaurante donde están, el del Hotel Ceballos, que cruzó de los portales al jardín libertad para acompañar a Claudia. La hermosa Claudia. Ella, con su gesto de niña enfadada, aceptó su compañía. Le gustaba andar sola. Se llamaba a sí misma La Existencialista. Delgada y flexible como bambú, era una mujer de piel suave a la que Ernesto siempre quiso tener de novia. Pero era tan inteligente y leía tanto, que le tenía miedo.

Los últimos meses sólo pensaba en ella, en estar solos para declarársele. Repasaba en la imaginación lo que le diría. Pero esa noche, a solas con ella, se quedó mudo. No pudo decirle que la deseaba, que la quería, que tenía ganas de acostarse con ella. Claudia, por su parte, disfrutando el momento, le preguntó: "¿Querías decirme algo?"

♦♦♦



Caminaron varias cuadras, sin hablar, hasta que ella detuvo un taxi. Un perro sarnoso se detuvo cerca de ellos buscando comida. "¿Es tuyo?", preguntó ella, a punto de soltar la risa. Ernesto quiso darle un beso, pero ella lo esquivó fácilmente metiéndose al taxi. "A Santa Bárbara, por favor". Se alejó sin volver el rostro ni una sola vez.

Gerzaín canta "una canción de mi propia autoría para todos ustedes, que dice más o menos así". Más que música de fondo, lo suyo parece concierto. Pero nadie se queja. En Colima nadie se queda. Es de mal gusto. Son comportamientos que no se les permiten a los esclavos. A los hijos de esclavos.

—¿Qué quieres cenar, Neto?

Ernesto se encoge de hombros. Al día siguiente debe regresar a la Ciudad de México, a su trabajo en el periódico. Creyó que en esas vacaciones entendería algo de sí mismo, que regresaría diferente a la capital del país. Más maduro. Tenía planes de casarse, pero viendo a sus amigos se le quitaron las ganas.

—Para variar, sugirió Elena, dejando unos momentos su celular pequeñísimo ("es el góber", aclaró), podemos ir a Cronos. Yo invito.

—Son puras ensaladas. Eso no me llena, dice Armando.

—Tú eres el invitado, Neto, tú decide, dijo Jaime.

Ernesto mira su reloj. "Tal vez nadie más venga", comenta. Elena llama al mesero y le pide la cuenta. "Hazme una factura a nombre del Gobierno del Estado." Antes de que llegaran todos, Jaime le confió a Ernesto que Elena era la amante del gobernador. "Todo mundo aquí lo dice."

—Los que lleguen tarde que me llamen al celular, dice Elena, para regañarlos y decirles dónde vamos a cenar.

Se incorporan y se alejan a sus autos. De lejos, Ernesto alcanza a escuchar: "¡Que les vaya bien! ¡Gracias por despedirse!" Todos dejan que Gerzaín siga gritando, después de todo, nunca fue su gran amigo.

—¿Qué se hizo de Claudia?, pregunta Ernesto. ♦